

ORACIONES A LA VIRGEN MARÍA

La devoción a la Virgen María, Madre de Dios y madre nuestra, ya se encontraba muy presente en el pensamiento del cristianismo primitivo, lo que no debiera extrañarnos y menos cuestionarnos, pues ella misma, inspirada por el Espíritu Santo, nos dejó dicho en el evangelio de Lucas: *“Desde ahora, todas las generaciones me llamarán bienaventurada, porque ha hecho en mi favor cosas grandes el Poderoso”* (Lc 1 48-49)



SUB TUUM PRAESIDIUM

Bajo tu amparo nos acogemos,
Santa Madre de Dios;
no deseches las súplicas
que te dirigimos en nuestras necesidades,
antes bien, líbranos de todo peligro,
¡oh siempre Virgen, gloriosa y bendita!

Es la oración a la Virgen María, más antigua que se conoce. El papiro en el que se encuentra, fue fechado por Edgar Lobel en el año 250. De tal suerte que para esa fecha y posiblemente antes, ya se le oraba a María y se invocaba su protección. Es, hoy por hoy, el texto más antiguo existente, en que se le da a la Virgen María el título de Theotokos (Madre de Dios), Dos siglos más tarde, en el Concilio de Éfeso, se reconoció de forma solemne, que este título era adecuado para la Virgen María, contra el parecer de Nestorio y sus seguidores.

BENDITA SEA TU PUREZA

Bendita sea tu pureza
y eternamente lo sea,
pues todo un Dios se recrea
en tan graciosa belleza.
A ti, celestial princesa,
Virgen sagrada, María,
yo te ofrezco en este día
alma, vida y corazón.
¡Mírame con compasión!
¡No me dejes, Madre mía!

ORACIÓN

De San Bernardo (1090-1153)

Acuérdate,
¡oh piadosísima Virgen María!
que jamás se ha oído decir
que ninguno de los que han acudido
a tu protección,
implorando tu asistencia
y reclamando tu socorro,
haya sido abandonado de ti.
Animado por esta confianza,
a ti también acudo,
¡oh Madre, Virgen de las vírgenes!
Y aunque gimiendo
bajo el peso de mis pecados,
me atrevo a comparecer
ante tu presencia soberana.
No deseches, ¡oh Madre de Dios!,
mis humildes súplicas,
antes bien,
inclina a ellas tus oídos
y dignate atenderlas favorablemente.
Amén.

MADRE MÍA

Madre mía:
Desde que amanece el día,
bendíceme;
en lo rudo del trabajo,
ayúdame;
si vacilo en mis buenas decisiones,
fortaléceme;
en las tentaciones y peligros,
defiéndeme;
si desfallezco,
sálvame
y al cielo llévame.
Amén.

**OFRECIMIENTO
A LA SANTÍSIMA VIRGEN**

¡Oh Señora mía!
¡Oh Madre mía!
Yo me ofrezco enteramente a ti
y en prueba de mi filial afecto
te consagro en este día,
mis ojos, mis oídos,
mi lengua, mi corazón;
en una palabra, todo mi ser.
Ya que soy todo tuyo
¡Oh Madre de bondad!,
guárdame y defiéndeme
como a pertenencia y posesión tuya.
Amén.



ORACIÓN A SANTA MARIA

L. de Grandmaison (1868-1927)

Santa María, Madre de Dios,
consérvame un corazón de niño,
puro y cristalino como una fuente.
Dame un corazón sencillo
que no saboree las tristezas;
un corazón grande
para entregarse,
tierno en la compasión;
un corazón fiel y generoso
que no olvide ningún bien
ni guarde rencor por ningún mal.
Fórmame un corazón manso y humilde,
amante sin pedir retorno,
gozoso al desaparecer
en otro corazón ante tu divino Hijo;
un corazón grande e indomable
que con ninguna ingratitud se cierre,
que con ninguna indiferencia se canse;
un corazón atormentado
por la gloria de Jesucristo,
herido de su amor,
con herida que sólo se cure en el cielo.
Amén.

ANTE LAS TENTACIONES

Madre querida
acógeme en tu regazo,
cúbreme con tu manto protector
y con ese dulce cariño
que nos tienes a tus hijos
aleja de mí
las trampas del enemigo,
e intercede intensamente
para impedir que sus astucias
me hagan caer.
A Ti me confío
y en tu intercesión espero.
Amén.

**SÚPLICA A LA VIRGEN
PARA SER BUEN CRISTIANO**

San Efrén de Siria (306-373)

Santísima Señora, Madre de Dios;
tú eres la más pura de alma y cuerpo,
que vives más allá de toda pureza,
de toda castidad, de toda virginidad;
la única morada
de toda la gracia del Espíritu Santo;
que sobrepasas incomparablemente
a las potencias espirituales en pureza,
en santidad de alma y cuerpo;
mírame culpable, impuro,
manchado en el alma y en el cuerpo
por los vicios de mi vida impura
y llena de pecado;
purifica mi espíritu de sus pasiones;
santifica y encamina
mis pensamientos errantes y ciegos;
regula y dirige mis sentidos;
líbrame de la detestable e infame tiranía
de las inclinaciones y pasiones impuras;
anula en mí el imperio de mi pecado;
da la sabiduría y el discernimiento
a mi espíritu en tinieblas, miserable,
para que me corrija
de mis faltas y de mis caídas,
y así, libre de las tinieblas del pecado,
sea hallado digno de glorificarte,
de cantarte libremente,
verdadera madre de la verdadera Luz,
Cristo Dios nuestro.
Pues sólo con Él y por Él
eres bendita y glorificada por toda criatura,
invisible y visible,
ahora y siempre, por los siglos de los siglos.
Amén.



ORACIÓN

San Alfonso María Liguorio (1696-1787)

Virgen Santísima Inmaculada
y Madre mía María,
a ti, que eres la Madre de mi Señor,
la Reina del mundo,
la abogada, la esperanza,
el refugio de los pecadores,
acudo en este día yo,
que soy el más miserable de todos.
Te venero, ¡oh gran Reina!,
y te doy las gracias por todos los favores
que hasta ahora me has hecho,
especialmente
por haberme librado del infierno,
que tantas veces he merecido.
Te amo, Señora amabilísima,
y por el amor que te tengo
prometo servirte siempre
y hacer cuanto pueda
para que también seas amada de los demás.
Pongo en tus manos toda mi esperanza,
toda mi salvación;
admíteme por siervo tuyo,
y acógeme bajo tu manto,
tú, ¡oh Madre de misericordia!
Y ya que eres tan poderosa ante Dios,
líbrame de todas las tentaciones
o bien alcánzame fuerzas
para vencerlas hasta la muerte.
Te pido un verdadero amor a Jesucristo.
Espero de ti tener una buena muerte;
madre mía, por el amor que tienes a Dios
te ruego que siempre me ayudes,
pero más en el último instante de mi vida.
No me dejes
hasta que me veas salvo en el cielo
para bendecirte y cantar tus misericordias
por toda la eternidad.
Así lo espero.
Amén.

ORACIÓN

San Bernardo (1090-1153)

Salve Reina de misericordia, Señora del mundo,
Reina del cielo, Virgen de las vírgenes,
Santa de todos los santos,
luz de los ciegos, gloria de los justos,
perdón de los pecadores,
reparación de los desesperados,
fortaleza de los lánguidos,
salud del orbe, espejo de toda pureza.
Haga tu piedad que el mundo conozca
y experimente aquella gracia
que tú hallaste ante el Señor,
obteniendo con tus santos ruegos
perdón para los pecadores,
medicina para los enfermos,
fortaleza para los pusilánimes,
consuelo para los afligidos,
auxilio para los que peligran.
Por ti tengamos acceso fácil a tu Hijo,
oh bendita y llena de gracia,
madre de la vida y de nuestra salud,
para que por ti nos reciba el que por ti se nos dio.
Excuse ante tus ojos de pureza
las culpas de nuestra naturaleza corrompida:
obténanos tu humildad tan grata a Dios
el perdón de nuestra vanidad.
Encubra tu inagotable caridad
la muchedumbre de nuestros pecados:
y tu gloriosa fecundidad nos conceda
abundancia de merecimientos.
¡Oh Señora nuestra, Mediadora nuestra,
y Abogada nuestra!
reconcílianos con tu Hijo,
recomiéndanos a tu Hijo, preséntanos a tu Hijo.
Haz, ¡oh Bienaventurada!,
por la gracia que hallaste ante el Señor,
por las prerrogativas que mereciste
y por la misericordia que engendraste,
que Jesucristo tu Hijo y Señor nuestro,
bendito por siempre y sobre todas las cosas,
así como por tu medio
se dignó hacerse partícipe
de nuestra debilidad y miserias,
así nos haga partícipes también por tu intercesión
de su gloria y felicidad.
Amén.



ORACIÓN

San Anselmo (1033-1109)

¡Oh bendita entre todas las mujeres,
que vences en pureza a los ángeles,
que superas a los santos en piedad!
Mi espíritu moribundo
aspira a una mirada de tu gran benignidad,
pero se avergüenza
ante el espectro de tan hermoso brillo.
¡Oh Señora mía!,
yo quisiera suplicarte que,
por una mirada de tu misericordia,
curases las llagas y úlceras de mis pecados;
pero estoy confuso ante ti
a causa de su infección y suciedad.
Tengo vergüenza, ¡oh Señora mía!,
de mostrarme a ti
en mis impurezas tan horribles,
por temor de que tú a tu vez
tengas horror de mí a causa de ellas,
y sin embargo, yo no puedo,
desgraciado de mí, ser visto sin ellas.

ORACIÓN

San Luis Gonzaga (1568-1591)

¡Oh Señora mía, Santa María!
hoy y todos los días
y en la hora de mi muerte,
me encomiendo a tu bendita fidelidad
y singular custodia,
y pongo en el seno de tu misericordia
mi alma y mi cuerpo;
te recomiendo toda mi esperanza
y mi consuelo,
todas mis angustias y miserias,
mi vida y el fin de ella:
para que por tu santísima intercesión,
y por tus méritos,
todas mis obras vayan dirigidas
y dispuestas conforme a tu voluntad
y a la de tu Hijo.
Amén.

ORACIÓN

San Efrén De Siria (306-373)

Mi santísima Señora, Madre de Dios,
llena de gracia,
tú eres la gloria de nuestra naturaleza,
el canal de todos los bienes,
la reina de todas las cosas
después de la Trinidad...,
la mediadora del mundo
después del Mediador;
tú eres el puente misterioso
que une la tierra con el cielo,
la llave que nos abre las puertas del paraíso,
nuestra abogada, nuestra mediadora.
Mira mi fe, mira mis piadosos anhelos
y acuérdate de tu misericordia y de tu poder.
Madre de Aquel
que es el único misericordioso y bueno,
acoge mi alma en mi miseria y,
por tu mediación,
hazla digna de estar un día
a la diestra de tu único Hijo.
Amén.

ORACIÓN

San Germán (496-576)

¿Quién no se llenará de admiración ante ti?
Tú eres firme protección,
refugio seguro,
intercesión vigilante,
salvación perenne,
auxilio eficaz,
socorro inmutable,
sólida muralla,
tesoro de delicias,
paraíso irreprochable,
fortaleza inexpugnable,
trinchera protegida,
fuerte torre de defensa,
puerto de refugio en la tempestad,
sosiego para los que están agitados,
garantía de perdón para los pecadores,
confianza de los desesperados,
acogida de los exiliados,
retorno de los desterrados,
reconciliación de los enemistados,
ayuda para los que han sido condenados,
bendición de quienes han sufrido una maldición,
rocío para la aridez del alma,
gota de agua para la hierba marchita,
pues, según está escrito,
por medio de ti
nuestros huesos florecerán como un prado.



ORACIÓN

Santo Tomás De Aquino (1225-1274)

Oh bienaventurada
y dulcísima Virgen María,
Madre de Dios, toda llena de misericordia,
hija del Rey supremo,
Señora de los Ángeles,
Madre de todos los creyentes:
hoy y todos los días de mi vida,
deposito en el seno de tu misericordia
mi cuerpo y mi alma,
todas mis acciones, pensamientos,
intenciones, deseos, palabras, obras;
en una palabra, mi vida entera
y el fin de mi vida;
para que por tu intercesión
todo vaya enderezado a mi bien,
según la voluntad de tu amado Hijo
y Señor nuestro Jesucristo,
y tú seas para mí, oh Santísima Señora mía,
consuelo y ayuda contra las asechanzas
y lazos del dragón y de todos mis enemigos.
Dígnate alcanzarme de tu amable Hijo
y Señor nuestro Jesucristo,
gracias para resistir con vigor
a las tentaciones del mundo, demonio y carne,
y mantener el firme propósito
de nunca más pecar,
y de perseverar constante en tu servicio
y en el de tu Hijo.
También te ruego, oh Santísima Señora mía,
que me alcances verdadera obediencia
y verdadera humildad de corazón,
para que me reconozca sinceramente
por miserable y frágil pecador,
impotente no sólo para practicar una obra buena,
sino aun para rechazar
los continuos ataques del enemigo,
sin la gracia y auxilio de mi Creador
y sin el socorro de tus santas preces.
Consígueme también, oh dulcísima Señora mía,
castidad perpetua de alma y cuerpo,
para que con puro corazón y cuerpo casto,
pueda servirte a ti y a tu Hijo en tu Religión.
Concédeme pobreza voluntaria,
unida a la paciencia y tranquilidad de espíritu
para sobrellevar los trabajos de mi Religión
y ocuparme en la salvación propia

y de mis prójimos.
Alcánzame, oh dulcísima Señora,
caridad verdadera
con la cual ame de todo corazón
a tu Hijo Sacratísimo y Señor nuestro Jesucristo,
y después de él a ti sobre todas las cosas,
y al prójimo en Dios y para Dios:
para que así me alegre con su bien
y me contriste con su mal,
a ninguno desprecie ni juzgue temerariamente,
ni me anteponga a nadie en mi estima propia.
Haz, oh Reina del cielo, que junte en mi corazón
el temor y el amor de tu Hijo dulcísimo,
que le dé continuas gracias
por los grandes beneficios que me ha concedido
no por mis méritos,
sino movido por su propia voluntad,
y que haga pura y sincera confesión
y verdadera penitencia por mis pecados,
hasta alcanzar perdón y misericordia.
Finalmente te ruego
que en el último momento de mi vida,
tú, única madre mía,
puerta del cielo y abogada de los pecadores,
no consientas que yo, indigno siervo tuyo,
me desvíe de la santa fe católica,
antes usando de tu gran piedad y misericordia
me socorras
y me defiendas de los malos espíritus,
para que, lleno de esperanza
en la bendita y gloriosa pasión de tu Hijo
y en el valimiento de tu intercesión,
consiga de él por tu medio
el perdón de mis pecados,
y al morir en tu amor y en el amor de tu Hijo,
me encamines por el sendero
de la salvación y salud eterna.
Amén.



MEMORARE

Fray Luis de Granada (1504-1588)



No me desampare tu amparo,
no me falte tu piedad,
no me olvide tu memoria.
Si tú, Señora, me dejas,
¿quién me sostendrá?
Si tú me olvidas,
¿quién se acordará de mí?
Si tú, que eres Estrella de la mar
y guía de los errados, no me alumbras,
¿dónde iré a parar?
No me dejes tentar del enemigo,
y si me tentare, no me dejes caer,
y si cayere, ayúdame a levantar.
¿Quién te llamó, Señora, que no le oyese?
¿Quién te pidió, que no le otorgases?

ORACIÓN A MARIA MADRE

Préstame Madre tus ojos
para con ellos mirar
porque si con ellos miro
nunca volveré a pecar.
Préstame Madre tus labios
para con ellos rezar
porque si con ellos rezo
Jesús me podrá escuchar.
Préstame Madre tu lengua
para poder comulgar
pues es tu lengua materna
de amor y de santidad.
Préstame Madre tus brazos
para poder trabajar
que así rendirá mi trabajo
una y mil veces más.
Préstame Madre tu manto
para cubrir mi maldad
pues cubierta con tu manto
al Cielo he de llegar.
Préstame Madre a tu Hijo
para poderlo yo amar
pues si me das a Jesús
¿qué más puedo yo desear?
Así será esta mi dicha
por toda la eternidad.
Amén.

